

Sabor a domingo

-¡Mentiroso!

-¿A poco...?

-Te va a pasar lo que a Pinocho.

Eso es lo que me dicen los compañeros de la escuela, que no me creen lo que les cuento. Y lo peor es que no me dejan explicar por qué digo lo que digo. Luego, luego se van a otro lado y me tiran de a loco. Nada más les dije: “fíjense que tengo tres abuelos en uno”.

Tal vez ustedes también digan que eso es imposible. Pero sí es así. Miren, el papá de mi papá, mi abuelo Zeferino, es panadero, zapatero y también cuentacuentos. Por eso digo que tengo tres abuelos en uno.

Así, a todos sus nietos nos cuenta muchísimas historias, elabora delicioso pan y hace nuestros zapatos.

Abuelo Zeferino, a quien le digo nada más Abue, nació hace muchos años, casi cien años, que es un siglo, en Irapuato, Guanajuato, “la tierra de las fresas”.

En la casa dicen que Abue se parece a José Alfredo Jiménez, un señor que fue compositor y cantante, que era de León, cerca de Irapuato. El cuenta que en la calle algunas personas lo confundían con José Alfredo y que hasta autógrafos le pedían.

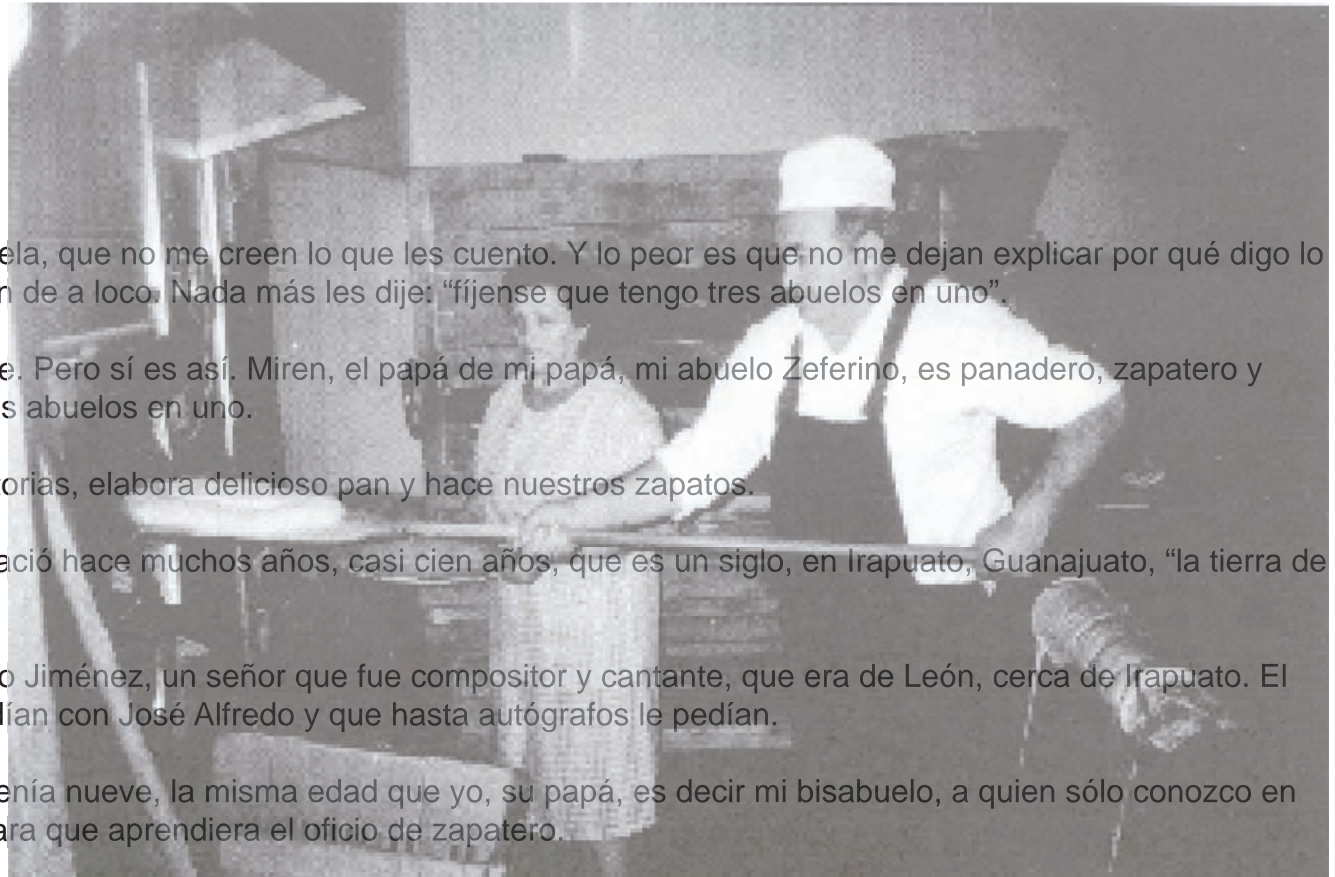
Mi Abue tiene ochenta años y cuenta que cuando tenía nueve, la misma edad que yo, su papá, es decir mi bisabuelo, a quien sólo conozco en foto, lo llevó a un taller de reparación de calzado para que aprendiera el oficio de zapatero.

-¿Y la escuela, Abue? -le pregunté.

-Bueno, en esos tiempos no había escuelas como ahora –dice-, sólo había un salón donde a los niños nada más les enseñaban a leer, escribir y hacer cuentas.

Abuelo relata que al principio no le gustaba la compostura de zapatos, pero que después le encontró el chiste. Dice que le llamaba más la atención la panadería, “pero en esos tiempos se debía obedecer a los padres, sin chistar, porque si no te daban de cinturonzos”.

Con el tiempo, cuenta, le encontró gusto a la zapatería. Y yo creo que sí porque a todos sus nietos, que somos veintisiete, sí ¡veintisiete!, nos hace un par de zapatos al año que nos regala de cumpleaños. Y además les pone tapas o suelas a los zapatos de todos en la familia.



Tiene un cuartito, su taller, donde tiene sus herramientas: pie de fierro, hormas, martillo, clavos y pegamento. Además de agujetas cortas y largas; grasa y crema de zapatos, cepillos. Ese cuarto me recuerda al taller de Gepeto, el papá de Pinocho.

Abue relata que a los quince años de edad, cuando ya hacía zapatos, su papá le dio permiso para entrar a trabajar en una panadería. Y es que a él le gustaba mucho el pan y haciendo zapatos le llegaba el aroma que salía del horno de la panadería de la esquina, En su primera semana como aprendiz de panadero, cuenta, que comió y comió tanto pan que se “empachó”.

Miedo

Como panadero, Abue tenía que trabajar en las noches para que en la mañana temprano ya hubiera pan recién hecho para vender. De esos años son las historias de espantos que nos cuenta, mis favoritas aunque a veces me den miedo y tenga pesadillas.

Cuentos como la de la noche en que batía la harina para los bolillos, cuando de repente sintió un escalofrío, como toques en todo el cuerpo, y después como si alguien se le trepaba a la espalda. “Se me subió el muerto, muchachos. Así como les digo. Ya no pude moverme, ni hablar, empecé a sudar frío, me agarró una temblorina muy fea, todo me dio vueltas, no podía respirar y, de ahí, ¡zas! que me desmayo”.

Dice que eso le pasó, como al año de empezar en la panadería. “Bien me acuerdo que era la panadería de las Cuatro Esquinas, en la cual decían que murió mucha gente de la Revolución. Ahí sólo trabajé esa noche”.

Abue cuenta que en las otras panaderías, donde trabajó también lo espantaban, pero no tan feo.

Así nos relató que una noche en que metía las charolas de pan al horno, clarito sintió cómo le tocaban el hombro derecho y al voltear no había nadie. O, cuando al ir al baño le aventaron trozos de carbón y al voltear vio una sombra que se movió de la mesa del amasijo hacia la pared. O, la vez que escuchaba el arrastrar de cadenas sobre el techo.

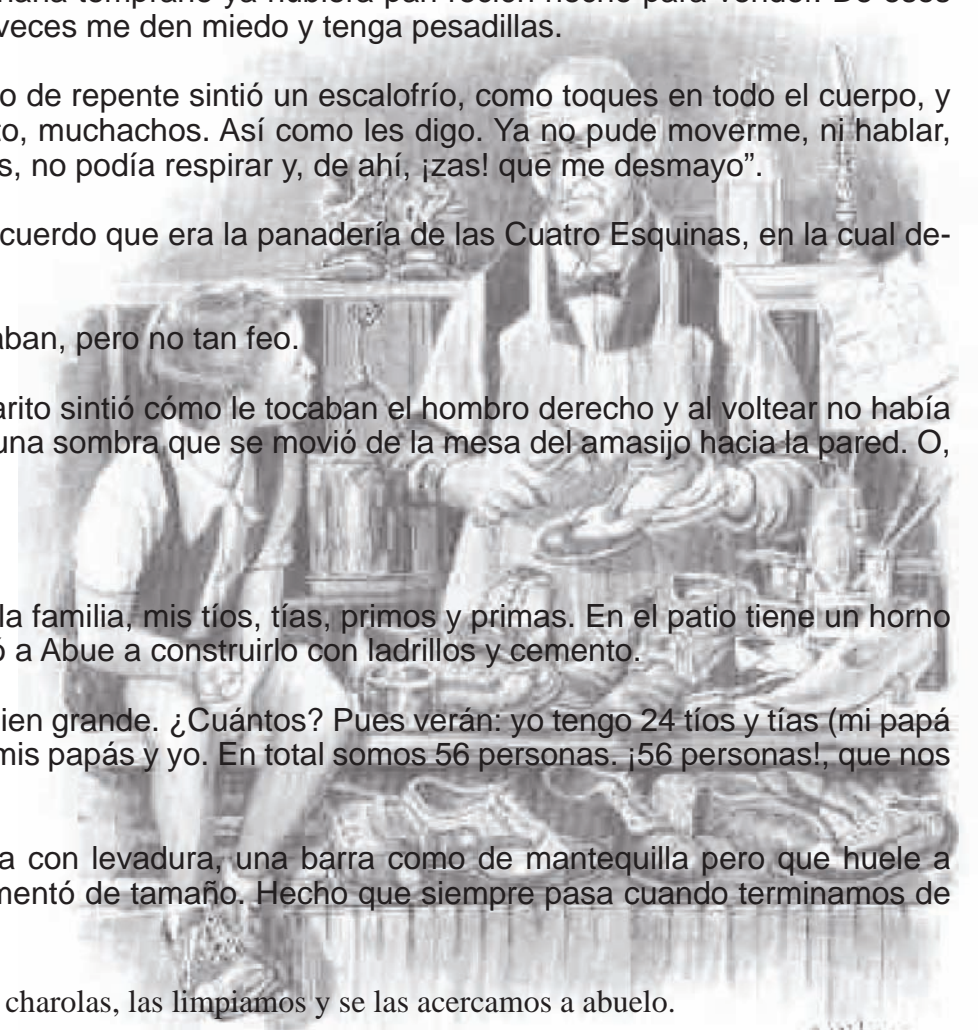
Pan recién hecho

Abue elabora su rico pan, todos los domingos, el día en nos juntamos toda la familia, mis tíos, tías, primos y primas. En el patio tiene un horno que parece un iglú. Papá dice que cuando él tenía unos trece años le ayudó a Abue a construirlo con ladrillos y cemento.

Desde que yo me acuerdo, abuelo elabora pan para toda la familia, que es bien grande. ¿Cuántos? Pues verán: yo tengo 24 tíos y tías (mi papá tiene 12 hermanos más sus esposas); 27 primos; más abuelita y abuelito; y mis papás y yo. En total somos 56 personas. ¡56 personas!, que nos juntamos todos los domingos en casa de los abuelos. Es toda una fiesta.

Abue comienza a hacer el pan desde la mañana cuando prepara la harina con levadura, una barra como de mantequilla pero que huele a cerveza, y la deja arriba del refrigerador hasta la tarde, en que la masa aumentó de tamaño. Hecho que siempre pasa cuando terminamos de comer.

En la mesa del comedor abuelo amasa la harina. Nosotros, los nietos, vamos por las charolas, las limpiamos y se las acercamos a abuelo.



Los panes que hace son cuernos, hojaldras, trenzas de canela, polvorones y unas campechanas crujientes y doraditas, este es mi pan preferido.

Comemos el pan recién hecho con champurrado que prepara abuelita Chona, así le decimos, porque se llama Asunción. En la noche, cuando regresamos a casa, los abuelos nos dan a cada familia una bolsa con piezas de pan. Abuelito mandó hacer bolsas de papel como las de las panaderías, que tienen escrito:

Pan tradicional casero con ingredientes naturales de primera calidad

Abuelo dice “que ahora el pan no es pan, lo hacen con materias primas artificiales, puros químicos, saborizantes y colorantes.

Mucho que contar

Abue Zeferino cuenta sus historias mientras amasa la harina, o al esperar que el pan que está dentro del horno esté listo, cocido.

La vida de mi abuelo ha sido tan larga que tiene muchas historias que contar. Como cuando de niño, un domingo se puso con sus amigos a juntar y juntar corcholatas (tapas de metal de los refrescos de envase de vidrio), sobre las vías del tren hasta llegar, cuatro horas después, a Salamanca, que es la ciudad más cercana a Irapuato.

A mí, en especial me gusta la historia de cómo rescató a una muchacha del río. “Ahí tienen que un domingo que fui a bañarme al río de Valle de Santiago, al acercarme, desde lejos divisé que alguien manoteaba desesperadamente, enfoqué bien la vista y me di cuenta que era una muchacha de trenzas. Ella se sumía en el agua y volvía a salir. Al principio creí que estaba vacilando, pero después, me di cuenta que era en serio, se estaba ahogando. No lo pensé más y me aventé con ropa y zapatos, pero como ella no paraba de manotear, por la desesperación, me acerqué y le tuve que dar un golpe en la nuca para calmarla, porque si no hasta yo terminaría ahogado. Sólo así pude sacarla jalándola de las trenzas”.

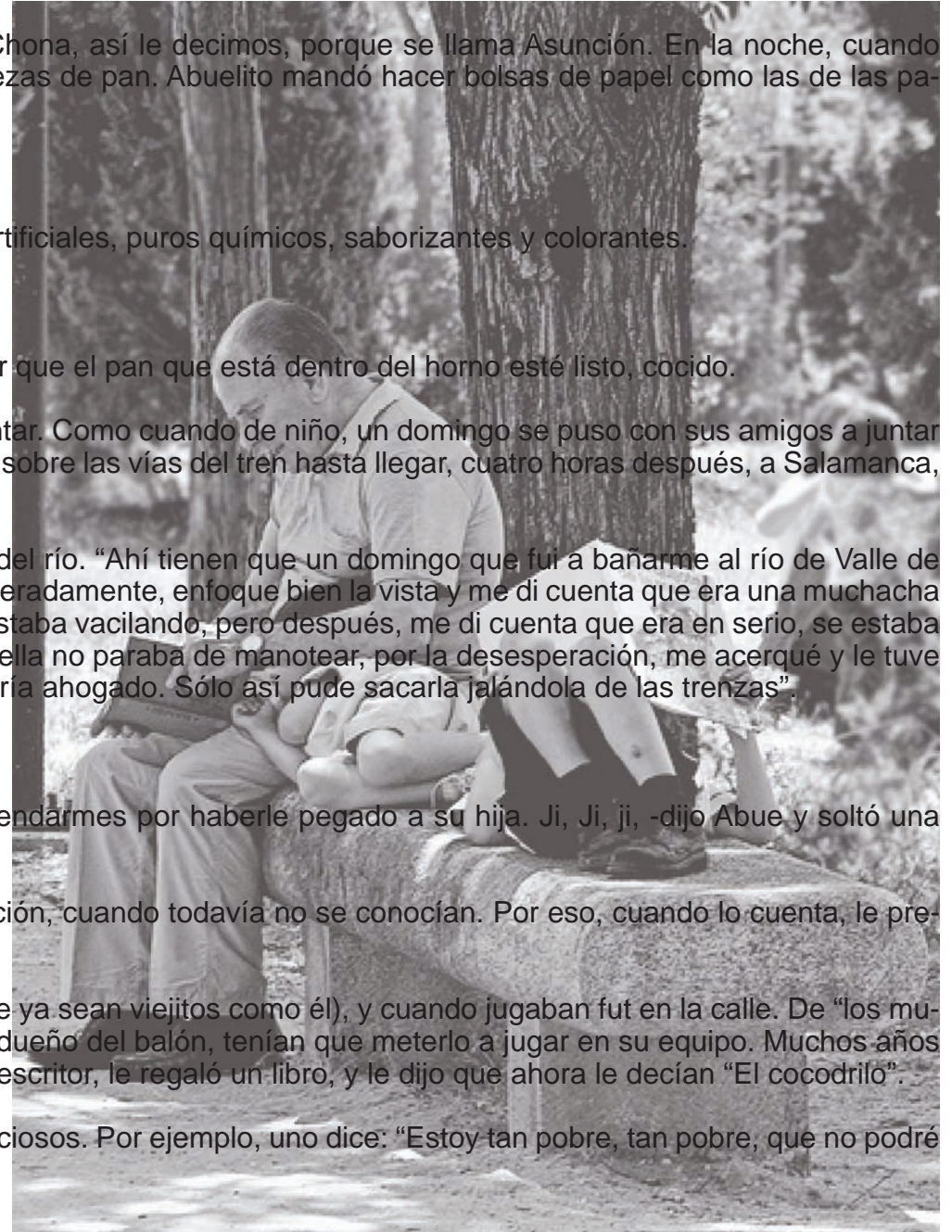
-¡Fuiste un héroe, Abue! -dije.

-Pues no. Lo curioso de todo es que en la tarde su papá mandó a los gendarmes por haberle pegado a su hija. Ji, Ji, ji, -dijo Abue y soltó una carcajada.

Lo más chistoso de esa historia es que esa muchacha era abuelita Asunción, cuando todavía no se conocían. Por eso, cuando lo cuenta, le preguntó: ¿quién era la muchacha, abuelo?

También nos platica de sus amigos de niño (“los muchachos”, dice aunque ya sean viejitos como él), y cuando jugaban fut en la calle. De “los muchachos” cuenta sobre “El diente” que era mal jugador, pero como era el dueño del balón, tenían que meterlo a jugar en su equipo. Muchos años después, cuenta Abue que se lo encontró en el centro, le platicó que era escritor, le regaló un libro, y le dijo que ahora le decían “El cocodrilo”.

Abuelo a veces nos lee poemas de ese amigo, Efraín Huerta, que son graciosos. Por ejemplo, uno dice: “Estoy tan pobre, tan pobre, que no podré viajar, porque no tengo ni para el paisaje”.



Abue también nos cuenta cuando ya casado con abuelita se vinieron a vivir a la capital del país. Y que le impresionó tanto coche y tanta gente. O cuando se fue de bracero a Estados Unidos, “eso fue muy difícil, estuve sólo un año, extrañé a la familia, y me regresé”.

Sus memorias

De Abue he conocido palabras que nunca había escuchado, como averías (travesuras), triques (cosas), fasceto (presumido) cuantimás (con más razón), más antes (en otros tiempos), entrón (valiente), orondo (orgullosa) o malora (travieso). También le he aprendido dichos como “ande yo caliente, ríase la gente”.

Abue Zeferino a sus nietos, nos dice “mis muchachos”, y es que imagínense aprenderse 27 nombres no ha de ser cosa fácil. Si mi maestra que no tiene tantos años tiene que usar una lista para saber quiénes somos sus alumnos.

Hace como un año Abue se enfermó, estuvo muchos días en el hospital y salió en silla de ruedas. Él dice que jubiló a sus piernas porque ya habían andado muchos caminos.

Aunque Abue sigue haciéndonos pan y contándonos historias, ya no es como antes.

Ahora entre todos sus nietos lo acercamos en su silla a la mesa para que haga la masa y le dé forma al pan. Después todos sus nietos empujamos su silla de ruedas para llevarlo al horno.

Abue sigue contándonos sus historias, pero a veces se le olvidan algunas cosas o, a veces por completo, lo bueno es que como ya las sabemos, le ayudamos a recordarlas.

-...Sí, así fue -contesta Abue y sonríe satisfecho.

Sus 27 nietos quedamos muy orondos por ayudarlo a recordar sus historias. Ahora nosotros somos sus pasos y su memoria.

